

Bruscamente fué hacia el vizconde de Blaisois y colocado sobre sus piernas tendidas, en actitud de luchador dispuesto á repeler el ataque de su adversario, le dijo:

—Has conseguido evadirte de la mazmorra: tanto mejor para ti. Pero, ¿me explicarás que vienes á hacer aquí, lo que quieres?

—¿Lo que quiero, mi buen Jim? Pues que estoy resuelto á renunciar á nuestra asociación tan desdichadamente rota en Melbourne.

Master Joe fué quien lo impidió.

Con una agilidad de gato dió un salto sobre su pierna y se interpuso entre los dos adversarios dispuestos á hacer fuego.

Ante esta intervención imprevista los cañones de los revólveres se bajaron.

—¡Jim!... No me escucharás nunca. Estás loco ó completamente ebrio.

—¡Pero hermano!

—¡Ibas á hacer una bonita hazaña! ¡Ya hubieras tú matado al vizconde ó te hu-



Se interpuso entre los adversarios que se disponían á hacer fuego.

—No estamos en Melbourne y no tenemos necesidad de ti!—gritó el gigante rojo.

El vizconde respondió con una nueva sonrisa.

Sin embargo, volvió atrás algunos pasos é imitando el gesto de Jim llevó la mano á su bolsillo para buscar un revolver que siempre llevaba.

Una de esas escenas que solían producirse frecuentemente en aquellas regiones en donde la razón del más fuerte es siempre la mejor, iba á desarrollarse entre los antiguos amigos.

biese él destrozado el cráneo, quedaba yo fresco!

—Dime, pues, porque este miserable fugado sigue nuestros pasos, porque...

—¡Quieres callarte, mal muchacho! ¿Quieres callarte?..

Y dirigiéndose al vizconde:

—¡Yo os pido perdón, señor de Blaisois! No es de hoy que conocéis á mi hermano, el cual tiene buen corazón y mal carácter. Vos lo dispensáis, ¿no es esto?

El fugado hizo un gesto que no se hubiera podido hacerse mejor en un salón del gran mundo.